

Pero la señorita de Marcy había crecido de un solo golpe, como aquellos árboles generosos que quieren dar fruto cuando aun se aspira el aroma de sus flores; habíase mostrado en su belleza con todas las ostentaciones de la juventud. Los soñadores, los poetas, los buscadores del ideal, hubiesen hallado en ella no sé qué de copioso y de excesivamente terrenal; por mi parte, la admiraba tal como era en la fuerza de su salud, en la riqueza de su sangre. Es menester saludar siempre á la belleza, cualquiera que sea su carácter.

Tal era la opinión de Gontrán. Había amado á Lucía en su palidez de enferma, en su estructura nerviosa y delicada; amaba á la señorita de Marcy en su fuerza sonriente.

Sintió verdadera alegría al volverla á ver en los Italianos; la joven adoraba la música, de la que hablaba con pasión.

Representábase *La Sonámbula*: por primera vez comprendió Gontrán á Bellini.

—Es bello y bueno,—dijo á la señorita de Marcy,—escuchar una música como ésta mirándola á usted.

—Mejor haría usted en mirar á la señorita Patti.

No quiero molestaros repitiéndoos todas las galanterías de Gontrán. La señorita de Marcy dejóse seducir, porque en él hablaba el corazón.

Gontrán estaba á mil leguas de Lucía, cual si el amor que la profesara hubiera sido una farsa de los Bufos. El amor que sentía ya por la señorita de Marcy era profundo, serio, poético como la música de Bellini.

La joven era tan franca, que habló al joven sin rodeos. Encontraba á Gontrán encantador, tratando de todo sin pedantería, con finura parisiense. No se las echaba ni podía echárselas de bonito; hubiera estado uera de su sitio en el escaparate de un peluquero ó so-

bre el pedestal del Apolo de Belvédère; pero, en cualquiera otra parte, se distinguía por su cabeza expresiva. Si no hacía nada, juzgábase que hubiera podido hacer algo. ¡Cuántos soldados no dispararon un tiro y pudieron ser héroes!

Aquella noche, Gontrán estuvo irresistible. Cuando la señorita de Marcy se encontró sola en su aposento, cantó dulcemente el número principal de la Patti, como si las palabras de oro de Gontrán resonaran aún en su oído.

—Decididamente,—dijo, durmiéndose,—*La Sonámbula* es la mejor de todas las óperas.

Y, durante la noche, fué la sonámbula del amor; durmiendo veía á Gontrán, viajaba con él en el país de los sueños.

Se vió con una corona de azahar; pero un cuervo picoteaba la blanca flor.

XVI

Del peligro de escribir cartas

La señorita de Marcy había dicho á Gontrán que tenía que acompañar á su madre al baile de la corte. Gontrán había pensado en ir á él á su vez; pero su hermana le recordó que aun estaba de luto riguroso. Las horas parecióronle muy largas.

—Después de todo,—se dijo,—puesto que no amo á Lucía, puedo muy bien ir á verla.

La encontró en la escalera; iba al Bosque.

—¿Vienes conmigo?—le dijo.

Sabido es que, en presencia de Lucía, el joven no tenía voluntad propia. Le dió la mano para ir al coche y subió á él, como si hubiera obedecido á una orden.

—¿Qué importa esto?—se decía.—No se me verá; dejaré la portezuela levantada y permaneceré recostado en un rincón, como una estatua en su nicho.

Preguntó á Lucía si esperaba encontrarse con su príncipe.

—Tal vez,—respondióle ella.—¿Y tú? ¿Qué has hecho de tu princesita?

—No la he visto.

—Pues bien, yo sí la he visto, y á ti con ella. ¡Y que hacíais una bella parejita! No me cabe duda que el cuadro se expondrá en el próximo salón; y podrá llamarse el lienzo Hero y Leandro, Romeo y Julieta ó Abelardo y Eloísa.

—¿Dónde viste tan lindo espectáculo?

—¡Hermosa pregunta! En un proscenio de los Italianos.

—¿Cómo has podido representar en los Bufos y estar en los Italianos?

—Yo me sé cómo. ¡Y en verdad que la tal princesita no es una heroína de novela! ¡Cualquiera la creería una Maritornes! ¡Qué exuberancia! ¡Se puede dormir de pie en sus caderas! Y, aun cuando no los he visto, supongo que sus pies han de ser algo semejante... ¿Cargarías con tal mujer para ti solo? ¡Vamos, hombre! ¡Si hay allí para cuatro!

—¡Chito!—dijo Gontrán con impaciencia.—¡Te prohibo que hables así!

—¡Ah! ¡Es una madona, hay que hacerle la señal de la cruz! Pero, querido, ¿no sabes que ya no hay madonas? Con su belleza de color subido, no vale más que

yo. Y Dios sabe lo que yo valgo. ¿Te imaginas acaso que paga con su dinero aquel proscenio?

—Supongo que no será con el tuyo.

—Tal vez, porque si el que le dan me lo dieran á mí, tendría yo mejores caballos.

Estaban en mitad de la avenida de la Emperatriz, en el flujo y reflujo de coches. Hacíase imposible echar pie á tierra, porque era aquél el verdadero día del Lago.

No quería Gontrán que Lucía acabara su frase; alzó la mano para ahogar la palabra en sus labios injuriosos; la miró como para abrasarla con la vista. No sabía qué hacer para no estallar; en su furor, pataleaba hasta romper el coche.

—¿Tengo yo la culpa,—dijo Lucía en tono altanero,—de que la verdad te ofenda? No conoces á tu París, querido. No digo que no queden algunas vírgenes en el Sagrado Corazón, destinadas á ser cuestadoras para los pobres ó castellanas sin tacha; pero el siglo camina, sábelo bien; si el dinero es un buen siervo, es un mal amo; se le ha de obedecer, cueste lo que cueste. No critico á esa señorita, que ha hecho lo que otras muchas. ¿Me has censurado tú por haberte amado?

En el cerebro de Gontrán, sin embargo de rebelarse su corazón, la duda, la horrible duda, había sucedido á la indignación del primer momento. Lucía hablaba con aire tranquilo, con el acento convencido de la verdad. ¿Era la querida celosa? ¿Era la mujer que se venga? ¿Era la comedianta recitando su papel?

—Oye,—añadió —Ya que parece comprender que no es esto una calumnia, quiero que veas con tus ojos y oigas con tu oído. ¿Dónde estará esta noche esa señorita?

—¡Nada te importa eso!

—¡Hola! ¡Impertinencias cuando quiero mostrarte la luz! No eres galante. Pues bien: sé dónde estará esta noche. ¿A dónde ha dicho que iría?

Gontrán respondió á pesar suyo:

—Al baile de la corte.

—¿Y tú crees eso?

—Sí, yo creo eso.

La comediante pareció reflexionar.

—Después de todo, no es imposible que vaya primero á la corte. Pero ¿sabes á dónde irá luego?

—Sí, lo sé; irá á su casa.

—Es decir, se envolverá en su inocencia y se acostará en su virtud. ¡Vaya, vaya! Querido mío, es ésa una bella ilusión que se hace preciso arrancarte.

—¿Puedes decirme, entonces, á dónde irá?

—Es muy sencillo: irá á ver á su amante.

Gontrán asió á Lucía y la oprimió con manos de hierro.

—Muy bien, caballero, máteme usted,—dijo ella simplemente.

Gontrán tuvo vergüenza y tiró la mano de la comediante como si la arrojara por la portezuela.

Estaban á la conclusión del Lago. Para no mirar á Lucía, adelantó un poco la cabeza hacia el cristal.

El azar representa un papel que nunca se conocerá.

En aquel instante, Gontrán vió á la señorita de Marcy que hacía una seña con la mano hacia un grupo de caballeros. Y el enamorado juzgó que aquella seña era muy familiar. Y, como los celos turban la vista, creyó ver que la joven se ruborizaba. En cualquiera otra ocasión, todo esto le hubiera parecido natural; tal vez no lo hubiese notado; pero, después de las revelaciones de Lucía, sintió que la inquietud le devoraba.

—Vamos, ¿estás contento?—le dijo la comediante.—¿Has visto á tu ideal?

—No hablemos más de ella.

Lucía vió claramente que lo que dijera no había caído en saco roto.

—¡No hablemos de ella! ¡Pero si mi objeto ha sido hacértela conocer! Te estimo demasiado para dejarte descender hasta contraer matrimonio con una joven que lleva por dote el dinero del amor.

—¡Estás local!

—La conozco mejor que tú. Tú la conoces del teatro, yo la conozco de los bastidores.

—No sabes lo que dices; hay calumnias que recorren el mundo, pero sin penetrar en las cabezas serias. Algún fatuo habrá hablado de ella delante de ti...

—¡Algún fatuo! ¿Quieres verla con su amante?

—¡Te digo que me das lástima!

—Pues bien, cástate con ella, pero ve á encargarse las tarjetas de invitación al Gran Ciervo.

Pasaron algunos minutos sin que volvieran á decirse una palabra.

Gontrán tenía el cerebro turbado; rechazaba indignado la calumnia, pero recordaba que ya en su presencia habíanse dicho ciertas frases malsonantes, no acerca de la señorita de Marcy, sino respecto de su madre. Hacía poco que estas señoras habían regresado de Florencia, la ciudad del perdón.

—Italia no deja marcharse á sus madonas,—pensó Gontrán.—Tal vez no sea imposible que un príncipe haya conocido en Florencia, cuando sólo contaba quince años, á la señorita de Marcy.

Volvióse hacia Lucía.

—¡Habla!—díjola con aire decidido.—¿Qué es lo que tú sabes?

—Nada,—respondió ella fríamente.

Y se volvió hacia la portezuela.

El hombre más enérgico vacila cuando se juega con su corazón. En lugar de fortificarse en su amor, Gontrán, que no era, por otra parte, el hombre más enérgico, se entregaba poco á poco á la duda, á la horrible duda. En balde interrogó á Lucía; ésta ya no quiso decir nada.

—¿Subes?—le preguntó, cuando estuvieron en el patio del hotel.

—No,—contestó él.—Me llevo tu carruaje.

—¿Para ir á casa de ella?

—De sobra sabes que es para ir á mi casa.

Gontrán no llevaba en su cuarto media hora, cuando recibió estas palabras de Lucía:

«Querido ciego:

»Toma tu lente. Entre las doce de la noche y la una de la mañana estaré en el Café Inglés; te lo advierto por si no vas á buscarme al teatro. Me he enterado de cosas lindísimas. Sabes que se cena en la Corte á la una. Se ha encargado el núm. 12, en el Café Inglés; se cenará allí, en el silencio del gabinete. Es menester descansar cuando se ha valsado. Si me prometes usar de prudencia, no decir una palabra y ver las cosas filosóficamente, te haré asistir á este espectáculo.»

Gontrán estrujó la carta y tiróla con furor.

Pero la recogió y volvió á leerla.

—¡Esto es imposible!—dijo.

Y miró, en su memoria, el bello y franco rostro de la señorita de Marcy, su buena sonrisa, su leal mirada.

—¡Imposible!—volvió á decir.

Fué al aposento de su hermana.

—Dime: ¿conoces el origen de la fortuna de la señorita de Marcy?

—No. Vagamente recuerdo haber oído decir que la señorita de Marcy era lista y que había jugado con papel de la renta italiana.

—¡Que había jugado!

—Te exclamas cual si eso fuera un crimen.

—No me gustan las madres que juegan.

—Sin embargo, la cosa es bastante inocente.

—No tanto.

—Menester es negociar con su dinero, cuando se tiene poco. La vida es un juego eterno.

—Te noto filosófica. ¿Qué te pasa hoy?

—¿Es que te asusta poner tu mano sobre la dote de la señorita de Marcy? ¿Esperarás, ¡oh estoico de la Casa de Oro!, esperarás á que su fortuna haya cumplido la cuarentena para declararte su posesor?

—Menos bromas. Tengo del matrimonio tal idea, que quiero llegar á él con toda mi fe.

—Comprendo. Tan pervertidos estáis por las mujeres malas, que teméis no encontrar ninguna que sea digna de haceros hacer penitencia. Pues bien, hermano: si alguna hay, ésa es la señorita de Marcy.

Gontrán se volvió á su cuarto, decidido á no ir al Café Inglés.

Pero nadie se admirará cuando diga que á las doce de la noche pasaba por el teatro en busca de Lucía para ir á cenar con ella á dicho establecimiento.

—¿No esperabas que viniera?—dijo á la comedianta.

—¿Yo? Ni un instante lo dudé. Y la prueba es que he dado cinco luises al mozo del 12 para que abra la puerta, á eso de la una, cuando pasemos por el corredor; por desgracia, no he podido conseguir que me cedieran uno de los gabinetes próximos; hemos de ir arriba.

Gontrán creía soñar.

—Y, sin embargo,—pensaba,—Lucía se engaña. Da crédito á la fatuidad de algún necio que se alaba, como todos. No seré yo el confundido; lo será ella cuando

abran la puerta y se vea que allí no está la señorita de Marcy.

No quería cenar; sólo comió postres, uvas, mandarinas. Pero, sin darse cuenta de lo que hacía, bebió tres ó cuatro copas de champagne.

—¡La una!—exclamó de pronto Lucía.—El espectáculo va á comenzar.

Gontrán se levantó.

—¡Esto es sorprendente!—dijo.—Tropiezo como si estuviera borracho.

—¡La emoción!

—No, el vino.

Miró la etiqueta de la botella.

—Es extraño,—dijo.—¡Haber bebido tan poco Mumm y estar tan turbado!

—Después de todo,—replió Lucía,—ésta es la hora en que el Café Inglés comienza á perder la cabeza.

Se gritaba, se cantaba, se reía en todos los gabinetes. París nocturno daba allí el diapason de su locura.

Lucía había llamado para prevenir al mozo del número 12.

—Carlos, tiene usted dos enamorados en el cuarto en que sirve.

—Sí, señora; y muy enamorados.

—¿Se divierten?

—Más de un poco.

—¿Es bella la dama?

—Unos afirman que sí. Traje escotado, no le digo á usted más.

Gontrán golpeó el suelo con el pie.

—¡Bueno, vamos, pues!—dijo.

Y pasó delante, yendo derecho hacia la puerta del 12, cual si fuese á entrar.

—¡Chito!—dijo Lucía, deteniéndole.—No es secreto

tuyo ni mío. La puerta se abrirá, mirarás y pasarás. Si no, vámonos; no quiero más duelos. Además, me figuro que no querrás armar semejante escándalo.

Lucía dijo esto rápidamente, mientras el mozo sacaba la llave.

Se abrió la puerta.

Gontrán miró y pasó.

¿Qué había visto?

—Es ella, ¿no es verdad?—le dijo Lucía, llevándosele.

—¡No puedo creerlo!—respondió él con estupor.

—¿La has vuelto á ver con sus bellos hombros, su vestido azul y su aderezo de coral, que, por cierto, no es cosa rica? Pero ya convinimos en que las muchachas han de ser sencillas. ¿Notaste que parecía no fastidiarse? ¡En la guerra como en la guerra!

Gontrán no oía á Lucía. Bajaba rápidamente la escalera para no escuchar á su indignación, porque hubiera querido volver al 12 y entrar en él, con su palidez, como la estatua del festín de Pedro.

—¡Y cuando pienso que está allí como en su casa!—murmuraba entre dientes.—¡Y con quién! ¡De codos sobre la mesa, escuchando las impertinencias de aquel idiota! ¡Le mataré!

Y, volviéndose hacia Lucía,

—¿Dices que aquel animal de los cabellos color de fuego, de la nariz de trompeta y que se tumbaba sobre el mantel, es un príncipe?

—Sí, querido mío, un príncipe. No es bello, pero tiene el canto dorado.

Estaban en la calle.

—¿A dónde vas?—preguntó Lucía.

—A tu casa.

Gontrán interrogó largamente á la comedianta.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFO" MEXICO

—Pero ¿cómo estabas enterada de que la señorita de Marcy iría á cenar al Café Inglés?

—Ya sabes, querido, que veo á lo más principal; se habla en torno mío; en los bastidores no hay secretos; uno habla de su mujer, otro de su querida; éste da noticias al periodista, aquél refiere en voz queda la crónica escandalosa. Nada está oculto en París; todas tenemos un confidente; es siempre el secreto de comedia; y yo estoy en los palcos más próximos al escenario del gran mundo.

—Ni aun después de haberlo visto lo creo.

—Pues bien, yo creería sin ver, porque conozco mejor que tú á las mujeres. Tú te figuras que, porque hay entretenidas, hay damas inaccesibles. Querido amigo, la mujer que resiste es porque aun no encontró su señor.

—¿Has leído eso en La Bruyère?

Gontrán no se quería convencer.

—Además, son dos los señores de la mujer: el que da el dinero y el que obsequia con amor. ¿Qué te dice que tu señorita no dobló el cuello ante la fortuna? ¿Estás seguro de que es su madre quien paga sus vestidos? ¿Te informaste bien acerca de la dote que le promete? Más de una vez cené con extranjeras anónimas que no tenían miedo de nosotras, porque saben que nosotras no frecuentamos el mundo para en él reconocerlas. Si no quieres creerme, te haré ver más.

Y la señorita Lucía, que por nada se aturdió, sostuvo su afirmación con estas palabras:

—¿Quieres que te haga cenar con ella y conmigo?

—¡Sí!—dijo Gontrán, como si quisiera descender hasta el fondo de su pena.

Pero, después de una pausa,

—No,—añadió, como si no quisiera beberse la vergüenza de la señorita de Marcy.

XVII

En el que se ve que hay plumadas que son estocadas

Por la mañana, Gontrán se confesó que, al tomar nuevamente posesión de su querida, no había recobrado su amor por ella.

La comedianta dormía cuando él se despertó; una franja de luz matinal caía sobre los cabellos despeinados de Lucía. Pensó en aquella cabellera en que tantas veces había respirado la embriaguez, si no el amor; acercó sus labios á ella, mas no encontró ya aquel perfume que le encantara.

Amaba á la señorita de Marcy.

En vano se representó el horrible espectáculo de por la noche, aquella joven escotada, con los codos apoyados sobre la mesa, riéndose con las necedades que le decía su compañero de aventuras; el desprecio llegaba hasta su corazón, pero sin matar aquel amor naciente, que había ya echado grandes raíces.

Gontrán no despertó á Lucía.

Todo entregado á sus celos, decidido á buscar la solución de aquel enigma, corrió á casa de su amigo Raúl de Braie, que no perdía un baile de la Corte y que conocía á la señorita de Marcy.

Tuvo que despertarle.

—Dime, Raúl: veo por tu espada y tu sombrero que has bailado esta noche en la sala de los Mariscales. ¿Has visto allí á la señorita de Marcy?

—La he visto y la he hecho la corte por ti. Pero